

Si despiertas a la bestia

Ángel Pantoja Cano



Capítulo 1

1

En contra de todo lo que dijo la prensa de él y la masa de enemigos que acumuló en su vida, hay que subrayar que tuvo motivos para hacer lo que hizo. Lo que no sacaron en los medios y la policía prefirió encubrir, es que también pudo elegir no hacerlo.

Lo hizo de todos modos y fue la mejor elección.

Todos los asesinatos se cometieron en la misma ciudad.

Arden. Ciudad vecina de Cuerna, en la zona más boscosa y fría del norte de España. Cuando todo terminó y los habitantes de Arden dejaron de tener miedo, la Policía encontró singulares tesoros que el asesino acumuló en su estudio.

Algunos morbosos periodistas locales y de Cuerna encontraron restos humanos dispuestos de forma similar entre sus obras y un esfuerzo artístico en el empleo de la sangre y otros residuos humanos, imitando en ocasiones a otros artistas.

Y esto nos lleva a lo que no podemos negar ni desmentir.

Fue él. Siempre fue él.

Sé bien que han tratado de hundirle y humillarle como a un pobre animal, y también de ensalzar su obra y toda su vida de forma inmerecida como la de un Dios o un mesías, pero lo único que está claro después de todo es que siempre fue él.

Y siempre fue consciente de ello.

Sí, pudo elegir.

Como he mencionado antes, tuvo motivos para hacer todo lo que hizo.

Cuando llegó a Arden, solo era alguien más con ganas de hacer cosas

grandes. De construir su propio futuro.

Entre sus aspiraciones de soñador artístico, solo quería contar con un estudio propio, seguir creando, siempre creando.

Eso era todo lo que quería.

El problema fue...

Bueno, eso es lo que voy a intentar contarte, ¿no?

Antes de que terminara el primer año había matado a cuatro personas.

Cuando el monstruo empezó a entenderlo todo, ya era demasiado tarde.

La única solución era que el siguiente en su larga lista de la muerte fuera él mismo.

Fue difícil tomar esa decisión.

Y ojalá hubiera elegido bien.

2

-Te dije que acudieras a mí solo en una situación crítica.

-Es una situación crítica.

Víctor dio una fuerte calada al cigarro antes de estamparlo contra el cenicero de plata. Rodeados de decoraciones barrocas y una fachada lujosa, todo en la mesa brillaba como una bombilla. La gracia de las cervezas en aquel sitio les iba a salir muy cara.

Estaban en la zona este de la ciudad, donde se concentraban los negocios comerciales, las franquicias multimillonarias y la gente más rancia de todo Arden. Apestaba a colonia, laca y comidas grasientas ultraprocesadas bañadas en salsas industriales. Una delicia capitalista para toda la familia.

-Víctor, necesito ayuda.

-Solo tienes bloqueo creativo, Mana. Eso es todo.

Unas risas resonaron de fondo. Un grupo de chicas jugaba a los dardos. Sujetaban copas de cócteles coloridos con una mano, y con la otra se bajaban constantemente los vestidos cortos y faldas ajustadas. A Víctor se le fue la vista al grupo.

-Víctor, vuelve aquí. Esto es serio.

-Vale. Está bien. Pero tienes que convencerme, porque te juro que ahora mismo solo veo a mi tozudo amigo cansado y con pocas ganas de pintar.

-Ojalá solo fuera eso, créeme.

¿Cuántas veces le había dicho eso? Demasiada insistencia para ser creíble.

-Pues convénceme.

Mana no sabía por dónde empezar. Hacía un año que había dejado Madrid. Le habían despedido de una agencia de eventos infantiles. Había trabajado allí desde que terminó Bellas Artes. Pasaba las horas ilustrando animales con accesorios humanos ridículos para cartas de cumpleaños, felicitaciones y aniversarios, hasta que lo despidieron acusado de difamación contra la imagen de la empresa.

-Ya conoces toda la historia, Víctor.

-Te despidieron. Y sé que no tenían motivos.

-Lo vi. En uno de los baños de la oficina, vi a Sagaz con una menor.

Su amigo conocía la historia de su jefe pedófilo. Y no quería volver a

escucharla.

–Lo sé. El viejo verde al que llamaban “El Santo”. Hay que joderse.

Mana volvía a acelerarse al contarle. Víctor lo asoció al exceso de alcohol.

–Antes de que pudiera siquiera decir nada a nadie, me despidieron.

–Ya lo sé. Y el juicio no llegó a nada. Cuéntame algo que no sepa.

Alterado, Mana bebió de su vaso con recelo, solo un pequeño sorbo. Sabía lo que podía ocurrirle si dejaba de contar los tragos y de medir las proporciones de alcohol que consumía. No podía perder el control ahora; quería hablar seriamente con su amigo.

El otro, sin embargo, se dejaba seducir por la embriaguez con demasiada facilidad. Con la mirada perdida por el efecto del alcohol, Víctor se inclinó despacio para coger su paquete de tabaco. Una pequeña bolsa de Crossroad Gold, que alegaba ser saludable y natural cada vez que se liaba un cigarrillo, como si hablara de un saco de verduras ecológicas.

–Deja de fumar y escúchame. Necesito ayuda. No puedo cambiar nada de lo que hice y estoy estancado aquí en Arden. No puedo pensar, no puedo crear nada. Me dijiste que podía pasarme y que tenías una alternativa si las cosas iban muy mal. Pues bien, las cosas ahora van mal, muy mal. Soy incapaz de crear algo y apenas puedo dormir. Solo te pido que me ayudes.

Víctor se quedó paralizado. Mana le arrebató el paquete de tabaco y lo guardó en su chupa. Se fijó entonces en cómo había acabado su amigo.

Mana tenía grandes ojeras, el pelo largo y despeinado y una gruesa barba desaliñada. Sus ojos grises, envueltos en el mismo aire místico de siempre, ahora desprendían un brillo animal desesperado. Había empezado a alejarse del concepto de hipster para asemejarse más a un vagabundo. Víctor recordaba a Mana como un chico alto y arreglado, siempre con buenas formas. Le hacía gracia verlo siempre tan formal y elegante, y ahora tenía delante a la versión más descuidada de Mana que había visto nunca. Y más allá de recordarlo bien peinado y afeitado, recordaba a su amigo con algo que ya no encontraba en él: felicidad.

–Lo siento. Sé que lo que pasaste fue desagradable, pero no puedo ayudarte –dijo, dejando un espacio de pausa, dudando–, o al menos no como tú quieres.

–¿Desagradable? Descubrir que los niños de las fiestas en la empresa desaparecen porque tu jefe se los ha llevado al baño es mucho más que

desagradable.

–Es lamentable, siniestro. Ya lo sé –contestó cansado. Recordar toda la mierda por la que había pasado su amigo le hacía sentir rabia e impotencia, pero lo que Mana le pedía no era la solución que buscaba.

Víctor conocía a parte de la cúpula de Arden. Se había criado en la ciudad norteña, al contrario que Mana, y ya se había granjeado contactos útiles e importantes. Mana parecía querer recordárselo también.

–Mientras yo crecía en Madrid, tú has ido tejiendo una telaraña de contactos. Y sabes que ni siquiera lo estoy llevando por dónde podría llevarlo.

–¿A qué te refieres?

–Víctor, ya sé que conoces a artistas. Sé que conoces a otros pintores, escritores y músicos con experiencia de Cuerna y Arden...

–Ya te he dicho que no te serviría de nada –insistió Víctor–. Los accesos a las exposiciones de Cuerna se consiguen presentando tus obras, no por contactos...

Empezó a impacientarse. Su amigo todavía no había entendido lo que le estaba pidiendo.

–No hablo de eso.

Víctor le miró con curiosidad. Fruncía el ceño cuando lo hacía, y sus cejas pobladas junto con el pelo grueso al uno hacían que todo su pelo pareciera pintado. Mana aún se preguntaba qué demonios veían las chicas en él. No era ningún Playboy, pero en todo el año que llevaba allí lo había visto con tres chicas diferentes.

Siguió explicándose, olvidando tabúes, y el hecho de que se encontraban aún en un restaurante lleno de familias y probablemente más de un policía.

–Hablo de las... Sustancias que me dijiste.

Por un momento, su amigo le sostuvo la mirada. Una pequeña nube de humo se cruzó entre ellos, como en una película de western. Las chicas de los dardos seguían riéndose a carcajadas; a su lado, una familia inglesa intentaba encontrar una palabra en su idioma para bautizar a las croquetas que se enfriaban en sus platos. En el resto de mesas, brillaban las jarras de cervezas. La primavera moría tan rápido como llegaba el sol,

demasiado fuerte para una ciudad nortea.

Víctor empezó a toser repentinamente, cubriéndose la boca con la mano libre para reprimir la risa. Mana esperó a que terminase su número, paciente.

-¿En serio? ¿Quieres María? ¿Es eso?

Mana se inclinó hacia su amigo. Sus ojos grises centellearon al hacerlo.

-No. Quiero VAMP.

Necesitaba el VAMP. Y lo necesitaba pronto.

Después de ser despedido, Mana no tuvo que pensar demasiado sobre su futuro. Había tenido suficiente de Madrid; su estrés, sus prisas, sus calles enteras repletas de gente y todos sus atascos. Por si no fuera suficiente, tuvo que sumarle una temporada en el juicio contra Sagaz, su anterior jefe, en vano.

Escapar de Madrid era una idea que abrigaba desde hacía tiempo: era un ritmo de vida difícil de seguir, y si el trabajo era un motivo para continuar en la capital, tras el despido no encontró una sola razón para seguir allí.

Preparó la maleta, avisó a la casera de su piso de que no regresaría y sin volver la vista atrás una sola vez, puso rumbo al norte.

Ahora hacía un año de eso y Mana se encontraba exactamente igual que en el punto de partida.

La diferencia la marcaba la compañía recibida. En Madrid la única compañía que tenía era la de la muchedumbre y la miríada de transeúntes que lo abrazaban en olas humanas para recordarle que solo era un pequeño y ridículo punto en mitad del universo.

Arden era diferente.

En Arden siempre tenía un rincón secreto en el que refugiarse. Su mar ofrecía calidez, tranquilidad; magia. La ciudad se levantaba en una isla que, aun con una gran población que crecía con las incontables visitas de turistas, seguía proporcionando una sensación de alivio y de descanso que no había encontrado en ningún otro sitio.

En Arden además tenía a su familia.

Víctor era su amigo de la infancia y habían crecido juntos, y sabía que sin él, el recuerdo de Arden no sería ni de lejos tan agradable.

Exceptuando a su tío Don.

–Duermes más que los viejos, chico.

La voz potente y ronca, sumada al tono cafeinado y enérgico lo despertaron enseguida. Mana se levantó de un salto, resbalando de la cama y cayendo al suelo enrollado en la sábana como una fajita.

Don soltó una risotada que retumbó en la habitación. Muchos años atrás, antes de regresar a Arden para siempre, Don había trabajado en doblaje de anuncios, cortes publicitarios en radio y hasta en más de una gran producción americana. Aún le brillaban los ojos al hablar de esos "viejos

buenos tiempos".

Mana tenía la impresión de que estaba enamorado de su propia voz.

–Hoy te vienes conmigo –dijo, con la voz de Bruce Willis–, tenemos clientela por todas partes.

–¿Ya se ha llenado el Parque Jurásico?

El hombre le rio la gracia con reminiscencias de Marlon Brando y Al Pacino. A veces no sabía si lo forzaba o era de verdad su risa natural.

–No seas cabrón. Ni te imaginas la cantidad de viejos que quieren tomarse un café ahora mismo.

–Dios, ya voy.

Don le ofreció su brazo para ayudarlo a levantarse. Aunque Mana parecía estropeado, tan flaco y pálido, guardaba una fuerza que siempre sorprendía a Don. Y al contrario, Don mostraba una flojera impropia para su constitución.

–Mierda, chico, no sé qué comes ni de dónde sacas esa fuerza, pero no te pases. No tengo veinte años.

–Venga ya –le reprendió–, ¿Quieres unirse ya a esos viejos? Si quieres os compro un dominó y os echáis unas partidas.

Don suspiró dramáticamente. Recogieron los delantales con el logo cuidadosamente bordado y caminaron hacia el local.

La pequeña casa donde vivían estaba a apenas unos metros, en la zona oeste y la más humilde de toda la ciudad. Si el día anterior había cenado en un restaurante caro y lujoso, rodeado de pequeñas plazas, grandes franquicias, negocios, bancos y centros comerciales, ahora estaba en las antípodas. El local de Don se levantaba en la zona más pobre de Arden. Exceptuando las antiguas viviendas que se resistían al paso del tiempo, el oeste era un desierto. Rodeado directamente por el mar, con el viejo muelle y los ferrys que conectaban con Cuerna y el resto de la península a cada lado, el oeste de Arden no parecía parte de una ciudad.

Lejos del bullicio del este, o del solitario sur relegado a escombros tras el incendio. Y sobre todo del resplandor del bosque del norte, el pacífico pulmón verde de la isla. El oeste no era más que un viejo y oxidado desierto que se negaba a desaparecer.

Consistía, en sí mismo, un mundo aparte.

Jack lo sabía mejor que nadie.

Había llegado la noche anterior, cuando la luna brillaba más que nunca. Parecía un faro gigante que apuntaba hacia él; de hecho, Jack estaba bastante seguro de que le apuntaba a él. Le apuntaba porque era especial. Sus padres siempre se lo habían dicho.

Sabía que ahora, si aún respiraran entre los vivos, se sentirían orgullosos. A veces los recordaba y se ponía muy triste porque ya no estaban con él. Hasta que después recordaba por qué se fueron. Se fueron porque ya no tenían que estar aquí. Ni aquí ni en ningún otro sitio. No merecían el milagro, como solía llamarlo. Jack era consciente del milagro de la existencia, todos somos solo un pequeño punto en mitad de una bellísima y plena totalidad en la que conformamos, como un cemento, el milagro. Pero el milagro, aunque está conformado por la suma de todas las almas y de toda la energía del universo, puede derivarse hacia lo malo.

Jack había conocido lo malo y sabía que lo malo era triste. Era oscuro, y le daba escalofríos. Por eso Papá y Mamá se tuvieron que ir.

Jack solo les ayudó a que fuera todo mucho más rápido.

Con la vista distraída por el influjo de las olas nocturnas y las deterioradas vallas de madera que rodeaban el paseo marítimo que precedían al edificio, Jack se adentró en el Hotel Penn. Ciertamente era el más famoso y más grande de la isla, pero por ese mismo motivo resultaba chocante su arquitectura de estilo Bauhaus, tan fría y aburrida, en contraste con la calidez que le había acompañado de camino hasta allí. Frente a la recepción y ahogado por los hipnóticos aromas artificiales de lavanda y pachulí, se puso a recordar los pasos que le habían conducido hasta aquel lugar.

Había llegado esa misma noche, a la zona este de Arden. Era grande, gigante, y muy bonita. Estaba llena de luces y a Jack le encantaban las luces, brillantes y poderosas como cien soles diminutos. Centelleaban con ardientes colores, y los olores de la gente bien le ayudaban a encontrar el camino. Los reflejos dorados de los edificios daban aliento a su espíritu.

Había encontrado un sitio en el que dormir y olvidarse de todas las cosas malas, de lo que había vivido y de lo que había tenido que hacer para

ayudar a Mamá y a Papá a no entorpecer el milagro.

Ahora el mundo estaba a salvo.

–Buenas noches, ¿Qué desea?

Le atendió una chica muy guapa, de ojos azules brillantes. Jack no la conocía pero sabía que la chica tenía una luz dentro. Como aquellas luces que rodeaban la ciudad, coloreando e iluminando las calles oscuras.

–Quiero dormir. Es muy bonito este sitio.

–Sí, lo es –sonrió–. ¿Desea hacer una reserva?

Jack se inquietó. La chica de los grandes ojos azules le estaba hablando con mucha educación. Hacía mucho tiempo que nadie le hablaba así. Y hacía mucho tiempo que nadie le hablaba.

–No. Quiero dormir aquí –dijo, sin dudar–. Pero no puedo pagarlo.

La chica sonrió de nuevo. Jack sabía que estaba forzando la sonrisa porque Papá le había dicho que si le sonreía una persona desconocida solo querría hacerle daño, nunca sería una sonrisa de verdad.

“Tienes que desconfiar, Jackie”, le había dicho Papá.

“Los extraños nunca tienen buenas intenciones”.

La chica carraspeó con suavidad para atraer de nuevo su atención.

–Tenemos una oferta de habitaciones muy flexible. Totalmente flexible para ti y para tus necesidades y comodidad.

Un ruido de fondo cortó su voz. Eran unas risas altas y exageradas que podían escucharse como las carcajadas grabadas de las series.

Fueron los pasos lo que le avisaron primero. Después el olor a colonia deportiva masculina; los chicos se acercaron, con sus camisetas sin mangas y de colores chillones, bermudas cortadas y sandalias. Uno de ellos llevaba una gorra girada y mascaba con desgana un chicle. Por algún motivo que Jack no entendió, llevaba gafas de sol dentro del Hotel.

Fue El Chico De Las Gafas De Sol quien habló.

Tal vez si no lo hubiera hecho, hubiera podido terminar la beca en la Universidad de Durham. Habría vuelto a casa, recién graduado en Derecho, y habría llevado el anillo a su novia. Tal vez habría formado una

familia feliz.

Tal vez habría heredado los millones de su padre.

Pero prefirió abrir la boca.

–Es flexible, chico... Y todas las comodidades, ya sabes...

Los demás chicos le rieron la gracia.

La chica no.

Jack no había entendido dónde estaba la gracia, y habría ignorado al grupo de chicos si no hubiera sido porque la chica no se había reído con ellos. En realidad estaba roja, con la vista clavada en el suelo. No pestañeaba siquiera, y eso a Jack no le gustaba. No le gustaba nada. Esos chicos solo eran Manchas.

Y El Chico De Las Gafas De Sol era la peor de todas.

Limpiarlo sería más difícil. Pero mucho más agradable.

–Con nosotros no eres tan flexible, guapísima.

–Chicos, por favor...

Las bromas y los comentarios extraños continuaron por unos minutos hasta que la chica terminó de atenderles, más roja aún y cubierta de sudor. Las perlas de su frente denotaban preocupación. Esos chicos eran una gran mancha.

Y la mancha más grande y más impura pagaría las consecuencias.

Cuando descubriera que Jack acababa de robarle la cartera.

Mientras la chica recogía algunos papeles y se secaba el sudor de la frente con una mano nerviosa, Jack sonreía para sus adentros.

En la cartera del chico estaba la tarjeta de su habitación.

Ahora podría dormir en el Hotel.